



## ACTO PRIMERO

Plaza pública de Barcelona. A la izquierda, casas, entre las cuales está la de Lothundiaz, que hace esquina. A la derecha, el palacio en donde vive la señora Brancadori, cuyo balcón está frente al espectador y da vuelta. Se entra por el ángulo del palacio, á la derecha, y por el ángulo de la casa de Lothundiaz. Es aún de noche, pero amanece pronto.

### ESCENA PRIMERA

MONIPODIO embozado en su capa, sentado bajo el balcón del palacio de Brancadori. QUINOLA se desliza como un ladrón y tropieza con Monipodio.

MONIPODIO.—¿Quién anda sobre mis zapatos?

QUINOLA.—Un hidalgo que no tiene ninguno.

MONIPODIO.—Me parece la voz de Lavradi.

QUINOLA.—¡Monipodio!... Te creía... ahorcado.

MONIPODIO.—Y yo, que te azotaban en Africa.

QUINOLA.—¡Ay! por todas partes dan azotes.

MONIPODIO.—¡Y te atreves á pasearte por aquí!

QUINOLA.—También te paseas tú. Yo tengo ya en el bolsillo mi perdón en regla. Y mien-

tras espero un marquesado y una familia me llamo Quínola.

MONIPODIO.—¿A quién has robado esa gracia?

QUINOLA.—Al rey.

MONIPODIO.—¿Has visto al rey (*Lo huele*) y hueles á miseria?

QUINOLA.—Como un desván de poeta. ¿Y tú, qué haces?

MONIPODIO.—Nada.

QUINOLA.—Pronto está acabado eso. Si semejante ocupación te da rentas, cuenta con un socio.

MONIPODIO.—No querían comprenderme, amigo mío. Acosado por mis enemigos políticos...

QUINOLA.—Los corregidores, alcaldes y alguaciles.

MONIPODIO.—No hubo más remedio que tomar un partido.

QUINOLA.—Comprendo: la caza. ¿Te has hecho cazador?

MONIPODIO.—Quita allá. Soy siempre el mismo. Lo que hay es que me entiendo con el virey. Cuando uno de los míos ha llenado la medida, le digo: ¡largo! y si no se va, ¡por vida de... la justicia...! ¿comprendes? Esto no es hacer traición.

QUINOLA.—Ser previsor nada más.

MONIPODIO.—¡Ah! vuelves de la Corte. ¿Y qué quieres hacer aquí?

QUINOLA.—Escucha. (*Aparte.*) Este es mi hombre, un buen sabueso en Barcelona. (*Aito*) Después de lo que me has dicho somos amigos como...

MONIPODIO.—El que conoce mi secreto debe ser mi amigo...

QUINOLA.—¿Qué esperas aquí como un celoso?

Vamos á remojarnos la lengua en una taberna. Ya amanece.

MONIPODIO.—¿Ves ese palacio iluminado como para una fiesta? Don Fregoso, mi señor virey, cena y juega en casa de doña Faustina Brancadori.

QUÍNOLA.—En veneciano Brancador. ¡Hermoso nombre! Debe de ser la viuda de un patricio.

MONIPODIO.—Veintidós años, fina como una corza: y hace del gobernador lo que quiere. Le ha sacado ya, sea dicho entre nosotros, cuanto atrapó en tiempo de Carlos V en las guerras de Italia. Los dineros del sacristán...

QUÍNOLA.—Han volado... ¿Qué edad tiene el virey?

MONIPODIO.—No niega los sesenta.

QUÍNOLA.—¡Y hablan del primer amor! Nada tan terrible como el último: estrangula. ¡Dichoso yo que he llegado á la indiferencia! Puedo ser un hombre de Estado...

MONIPODIO.—A ese vejestorio de general se le ha ocurrido emplearme en vigilar á la Brancador. Ella me paga para que la deje en paz, y... ¿comprendes ahora porque llevo esta vida alegre sin hacer mal á nadie?

QUÍNOLA.—Y procuras saberlo todo, curiosillo, para que la ocasión no se te escape. (*Monipodio hace un signo afirmativo*) ¿Vive todavía Lothundiaz?

MONIPODIO.—Ahí está su casa, y ese palacio es suyo. Cada vez más rico.

QUÍNOLA.—Esperaba encontrar á la heredera libre del todo. Mi amo está perdido.

MONIPODIO.—¿Tienes amo?

QUÍNOLA.—Uno que me dará minas de oro.

MONIPODIO.—¿No podría estar yo á su servicio?

QUÍNOLA.—En realidad, cuento contigo aquí.

Escucha, Monipodio, hemos cambiado la faz del mundo. Mi amo ha prometido al rey hacer andar uno de sus más hermosos buques, sin velas ni remos contra el viento, más rápido que una saeta.

MONIPODIO.—(*Después de haber dado vueltas alrededor de Quínola.*) ¡No han cambiado poco á mi pobre amigo!

QUÍNOLA.—Monipodio, acuérdate de que hombres como nosotros no se admiran de nada. Eso para los otros. El rey nos ha dado el buque, pero ni un maravedí para irlo á buscar. Hemos llegado, pues, aquí con los dos únicos compañeros del talento: el hambre y la sed. Un hombre pobre que encuentra una gran idea me ha producido siempre el efecto de un trozo de pan en un vivero: cada pez le da un mordisco. Llegaremos á la gloria desnudos y agonizantes.

MONIPODIO.—Dices verdad.

QUÍNOLA.—En Valladolid, una mañana, cansado ya mi amo de luchar, estuvo á punto de revelar á un sabio que no sabía nada... Lo puse de patitas en la calle por medio de un silogismo de acebuche que no tuvo réplica.

MONIPODIO.—¿Pero, cómo podremos ganar honradamente una fortuna?

QUÍNOLA.—Mi amo está enamorado. El amor lo mismo hace tonterías que grandes cosas. Fontanares ha hecho las grandes cosas, pero también podría hacer tonterías. Se trata pues, de que protejamos nosotros á nuestro protector. Por lo pronto, mi amo es un sabio que no sabe contar...

MONIPODIO.—Oh! al tomar amo, lo has debido escoger...

QUÍNOLA.—La abnegación y la habilidad valen para él mucho más que el dinero y el favor; porque, en su opinión, el favor y el dinero no son más que lazos y trampas. Lo conozco. Nos dará, ó nos dejará coger lo bastante para pasar esta vida honradamente.

MONIPODIO.—Ese es mi sueño.

QUÍNOLA.—Despleguemos, pues, por una gran empresa nuestros talentos hasta aquí extraviados. Mucho sentiríamos que el diablo se atufara.

MONIPODIO.—Es casi como hacer un viaje á Compostela. Tengo fe de contrabandista. Acepto.

QUÍNOLA.—Por de contado, serás aún amigo de los monederos falsos y de los cerrajeros.

MONIPODIO.—¡Caramba! por el interés del Estado...

QUÍNOLA.—Mi amo va á construir su máquina. Haremos dos modelos de cada pieza. Construiremos otra.

MONIPODIO.—¡Quínola!

QUÍNOLA.—¿Qué te pasa? (*Paquita sale al balcón*).

MONIPODIO.—¡Eres un grande hombre!

QUÍNOLA.—Claro que sí. Inventa y morirás perseguido como un criminal. Cópia, y vivirás feliz como un necio. Además, si fontaneros llegase á morir, ¿porqué no había de salvar yo su invento para bien de la humanidad?

MONIPODIO.—¡Ya se vé! como que, según no sé que sabio, nosotros somos la humanidad... Venga un abrazo...

## ESCENA II

Dichos, PAQUITA

QUÍNOLA.—(*Aparte*). Para un tonto lleno de honradez, nada mejor que un bribón que se deja engañar.

PAQUITA.—¡Dos amigos que se abrazan! No pueden ser espías.

QUÍNOLA.—¿Conque estás á partir un piñón con el virey y la Brancador? Bien va eso. Haz un milagro. Ante todo, distrázamos, y si luego, consultando una botella, no encontramos los dos el medio de que mi amo vuelva á ver á su María Lothundiaz, no respondo de nada... Desde hace dos días no me habla más que de ella, y temo que no pierda el juicio.

MONIPODIO.—La niña está tan guardada como un sentenciado á muerte. Verás por qué. Lothundiaz ha sido casado dos veces. La primera mujer era pobre y le dejó un hijo. La última era rica, y, al morir, le dejó todo á su hija, pero de modo que nadie pudiera malbaratar la herencia. El buen hombre es avaro, y no piensa más que en el porvenir de su hijo. Sarpi, el secretario del virey, para conquistar la mano de la heredera, engatuzó al padre con la promesa de hacerlo noble y cuidarse del porvenir del hijo.

QUÍNOLA.—Bien va. Ya tenemos un enemigo.

MONIPODIO.—Así, pués, mucha prudencia. Oye, te diré dos palabritas para Mateo Magis, el usurero más famoso de la ciudad; cuénto con él. Allí encontrarás de todo, desde los más ricos diamantes hasta zapatos. Cuando vuelvas verás á María.

## ESCENA III

PAQUITA, FAUSTINA

PAQUITA.—Tiene razón la señora. Dos hombres están en acecho bajo su balcón. Se van porque amanece.

FAUSTINA.—Ese vejestorio de virey concluirá por fastidiarme. Hasta en mi casa, viéndome y hablándome, tiene celos.

## ESCENA IV

FAUSTINA, D. FREGOSO

FREGOSO.—Váis á constiparos, señora... Hay aquí mucho fresco.

FAUSTINA.—Venid acá, caballero. Decís que tenéis confianza en mí y apostáis á Monipodio al pie de mis ventanas. Es una prudencia excesiva, impropia hasta de un joven é irritante para una mujer honrada. Hay dos clases de celos, amigo mio: los que hacen desconfiar de la que se ama, y los que hacen que se desconfie de sí mismo. Atenéos á los segundos.

FREGOSO.—Vamos, una fiesta tan hermosa no debe concluir con una reprimenda que no merezco.

FAUSTINA.—¿Estaba ó no Monipodio bajo mi ventana, ese odioso espía á quien pagáis para martirizarme? ¿Si ó no? Contestad por vuestro honor.

FREGOSO.—Nada de extraño tiene que esté por estos contornos. Vela por la seguridad de nuestros jugadores.

FAUSTINA.—Bah! extratagemas vuestras. Yo

sabré la verdad. Si me engañáis os juro que no me volveréis á ver más. (*Vase*)

## ESCENA V

D. FREGOSO

FREGOSO.—Ah! imposible separarme de esa mujer. Todo en ella me encanta, hasta la cólera. Sólo por escucharla sufro que me riña.

## ESCENA VI

PAQUITA, MONIPODIO disfrazado de hermano mendicante.

PAQUITA.—Dice mi señora que ya sabe quien ha mandado aquí á Monipodio. Pero... no veo á nadie.

MONIPODIO.—Hermosa niña, una limosnita. Ya sabéis que es un adelanto para ganar el cielo.

PAQUITA.—Perdone por Dios; no tengo nada.

MONIPODIO.—Prometedme alguna cosilla.

PAQUITA.—¡Qué divertido es el hermano!

MONIPODIO.—No me conoce. Adelante. (*Va y llama á la puerta de Lothundiaz.*)

PAQUITA.—Si esperáis las sobras de nuestro casero más rico seriais con mis promesas (*A la Brancador que sale al balcón*). Señora, los hombres se han marchado.

## ESCENA VII

MONIPODIO, D.<sup>a</sup> LÓPEZ

D.<sup>a</sup> LOPEZ.—(*A Monipodio*) ¿Qué queréis?

MONIPODIO.—Los hermanos de nuestra orden han recibido noticias de vuestro querido Lopez...

D.<sup>a</sup> LOPEZ.—¿Vive?

MONIPODIO.—Cuando acompañéis á la señorita María al convento de los Dominicos, dad vuelta á la plaza y encontraréis á un hombre escapado de Argel que os hablará de Lopez.

D.<sup>a</sup> LOPEZ.—¡Dios de bondad! ¿Podré rescatarlo?

MONIPODIO.—Ante todo, conformaos con el destino: ¿si fuera... musulmán?

D.<sup>a</sup> LOPEZ.—¡Mi querido López! Voy á dar prisa á la señorita. (*Entra*).

#### ESCENA VIII

MONIPODIO, QUÍNOLA, FONTANARES.

FONTANARES.—¡Al fin! mi buen Quínola; ya estamos bajo su ventana.

QUÍNOLA.—¿Dónde estará Monipodillo? ¿Se habrá dejado chasquear por la dueña? (*Mira al hermano*) ¿Señor pobre?

MONIPODIO.—Todo va bien.

QUÍNOLA.—¡Caracoles! ¡Qué miseria tan perfecta! El Ticiño te pintaría. (*A Fontanares*) Ahora saldrá (*A Monipodio*). ¿Qué tal te parece?

MONIPODIO.—Bien.

QUÍNOLA.—Será grande de España.

MONIPODIO.—Mejor que mejor.

QUÍNOLA.—Sobre todo, mucha prudencia, no vaya la dueña á abrir los ojos.

#### ESCENA IX

Dichos, doña LOPEZ, MARÍA

MONIPODIO.—(*Señalando á Quínola á la dueña*) Ese es el cristiano escapado del cautiverio.

QUÍNOLA.—(*A la dueña*) Ah! señora, os conozco por el retrato que me hacía el señor Lopez de vuestros encantos... (*Se aleja con ella*).

#### ESCENA X

MARÍA, FONTANARES, MONIPODIO.

MARÍA.—¿Es él, de veras?

FONTANARES.—Sí, María; he triunfado; seremos dichosos.

MARÍA.—Oh! si supierais cuanto he rezado para que Dios os conceda la victoria!

FONTANARES.—Muchas cosas tengo que deciros; pero hay una que debería repetir os un millón de veces por todo el tiempo que he estado ausente.

MARÍA.—Si me habláis de ese modo, llegaría á creer que no sabéis cuanto os amo. Mi amor huye de las lisonjas y se afana por todo cuanto os interesa.

FONTANARES.—Lo que me interesa sobre todas las cosas es que antes de comprometerme en una empresa como la mía, quiero oír de vuestros propios labios si tenéis valor para resistir á las imposiciones de vuestro padre. Dicen que ha resuelto casaros.

MARÍA.—¿He cambiado acaso?

FONTANARES.—Para nosotros amar es temer. ¡Sois tan rica! ¡Tan pobre soy! No os atormentaban porque me creían perdido; ahora se interpondrá el mundo entre nosotros. Sois mi buena estrella ¡pero está tan lejana...! Si no supiera que al fin de la lucha habéis de ser mía, oh, aún después del triunfo moriría de dolor.

MARÍA.—¿No me conocéis? Sola, casi reclusa

durante vuestra ausencia, el sentimiento puro que me une á vos desde la infancia ha crecido como... tu destino! Cuando se cierran estos ojos que te vuelven ahora á ver con tanta alegría; cuando se hiele este corazón que sólo late por Dios, por mi padre y por tí, aún quedará en la tierra un alma que te amará siempre. ¿Dudas todavía de mi constancia?

FONTANARES.—Después de oír tan dulces palabras ¿qué martirio no estaré yo dispuesto á sufrir?

### ESCENA XI

Los mismos, LOTHUNDIAZ.

LOTHUNDIAZ.—Esa dueña deja la puerta abierta...

MONIPODIO.—(Aparte) Oh! esos pobres chicos se han perdido (A Lothundiaz). Una limosna es un tesoro que se recoge en el cielo.

LOTHUNDIAZ.—Trabaja y recogerás tesoros aquí abajo (Mira). No veo á mi hija ni á la dueña (Juego de escena entre Monipodio y Lothundiaz).

LOTHUNDIAZ.—Ea, déjame, soy catalán y desconfiado (Ve á su hija y á Fontanares). ¡Qué veo! ¡Mi hija con un jóven! (Corre hacia ellos) Ya puede uno tener dueñas para que hagan las veces de madre; siempre os robarán. (A su hija). ¿Cómo, María, vos, heredera de diez mil zequies de renta, habláis con...? ¿Pero, estaré viendo visiones?... Es ese condenado mecánico que no tiene donde caerse muerto. (Monipodio vuelto hacia la esquina hace señas á Quínola).

MARIA.—Alfonso Fontanares, padre mío, no carece ya de fortuna. Ha visto al rey.

LOTHUNDIAZ.—Compadezco al rey.

FONTANARES.—Señor Lothundiaz, ya puedo aspirar á la mano de vuestra hermosa María.

LOTHUNDIAZ.—Ah!...

FONTANARES.—¿Aceptaréis por yerno al duque de Neptunado, grande de España y favorito del rey? (Lothundiaz hace como que busca al duque de Neptunado).

MARIA.—¡Pero si es él, padre mío!

LOTHUNDIAZ.—¡Tú! Te he visto de este tamaño y he visto á tu padre vendiendo trapos. ¿Me tomas por un necio?

### ESCENA XII

Los mismos, QUÍNOLA, doña LOPEZ.

QUÍNOLA.—¿Quién ha dicho necio?

FONTANARES.—Como regalo de boda os daremos un título, y os permitiremos constituir un mayorazgo para vuestro hijo sobre la fortuna de María.

MARIA.—¿Qué decís, padre mío?

QUÍNOLA.—¿Qué os parece, caballero?

LOTHUNDIAZ.—Oh! este es ese bandido de Lavradi.

QUÍNOLA.—Mi amo ha logrado que el rey reconociera mi inocencia.

LOTHUNDIAZ.—Si es así, mucho más fácil es hacerme noble.

QUÍNOLA.—Ah! cuando menos váis á creer que bastan las cartas reales para que un burgués sea noble de veras. Ahora lo veremos. Figuraos que soy marqués de Lavradi.

Pues bien, tened la bondad de prestarme cien ducados...

LOTHUNDIAZ.—Cien garrotazos ¡Cien ducados! La renta de una tierra de dos mil escudos de oro.

QUÍNOLA.—¿Lo véis? ¡Y esto quiere ser noble! Otra cosa. Conde de Lothundiaz, adelantad dos mil escudos de oro á vuestro yerno para que pueda cumplir las promesas que hizo al rey.

LOTHUNDIAZ.—(A Fontanares) ¿Y qué es lo que has prometido?

FONTANARES.—Sabedor el rey de cuanto amo á vuestra hija, me ha concedido la gracia de venir á Barcelona para ver navegar un buque sin remos ni velas, por medio de una máquina que yo he inventado, y el mismo nos casará.

LOTHUNDIAZ.—(Aparte). Quieren burlarse de mí. (Alto). ¿Conque harás andar solos á los buques? Está bién, veremos eso. Nos divertiremos. Pero, no quiero por yernos hombres que pican tan alto. Las jóvenes educadas en nuestra familia no necesitan prodigios sinó un hombre que se resigne á cuidarse de sus intereses, y no de los intereses del sol ni de la luna. Ser un buen padre de familia, este es el único prodigio que quiero en este asunto.

FONTANARES.—A doce años, señor, vuestra hija me sonreía ya como Beatriz á Dante. Niña, veía en mí un hermano; luego, cuando la fortuna nos separó, me ha visto siempre soñando en la atrevida empresa de salvar la distancia que nos separa á fuerza de gloria. Por ella fui á Italia á estudiar con Galileo. De ella he recibido el primer aplauso; ha comprendido mi obra.

Se ha desposado con mi pensamiento antes de ser mi esposa. Así es que ella lo es para mí todo. ¿Comprendéis ahora cuanto la idolatro?

LOTHUNDIAZ.—Pues precisamente por eso es por lo que no quiero dártela. Dentro de diez años la abandonarías por otro invento cualquiera...

MARIA.—¿Acaso se puede olvidar, padre mio, un amor que tales prodigios hace?

LOTHUNDIAZ.—¡Es claro! Cuando ya no pueda hacer ninguno más.

MARIA.—¿Y si llega á ser duque, grande de España y rico?

LOTHUNDIAZ.—¡Sí, sí, sí! ¿Crees que soy un imbécil? Los si son los caballos que llevan al hospital á todos esos pretendidos descubridores de mundos.

FONTANARES.—Pero, aquí tenéis las cartas por las que el rey pone un buque á mi disposición.

QUÍNOLA.—¡Abrid, al fin, los ojos! Mi amo, además de genio, es un guapo mozo. El genio otusca algo y no vale gran cosa en el seno de la familia, conformes; pero siempre quedará el guapo mozo. ¿Qué más necesita una joven para ser dichosa?

LOTHUNDIAZ.—La dicha no está en esos extremos. Lindo mozo y hombre de genio son dos razones para concluir con los mismos tesoros de Méjico. Mi hija será la señora de Sarpi.

### ESCENA XIII

Los mismos, SARPI en el balcón.

SARPI.—(Aparte). Han pronunciado mi nombre. ¿Qué veo? ¡La heredera y su padre, en la plaza á esta hora!

LOTHUNDIAZ.—Sarpi no ha ido á buscar un navío en el puerto de Valladolid, pero ha hecho ascender á mi hijo un grado más.

FONTANARES.—Por el porvenir de tu hijo, Lothundiaz, no te decidas á disponer de María sin su consentimiento. Me ama y la amo. Dentro de poco (*Aparece Sarpi*) seré uno de los hombres más importantes de España, y podré vengarme.

MARIA.—Oh! ¿Contra mi padre?

FONTANARES.—Pues bien, dile cuanto hago por merecerte.

SARPI.—¡Un rival!

QUÍNOLA.—(*A Lothundiaz*). Os condenaréis.

LOTHUNDIAZ.—¿Quien te lo ha dicho?

QUÍNOLA.—Y algo más: os robarán, lo juro.

LOTHUNDIAZ.—Para no condenarme y para que no me roben, daré mi hija á un hombre que no tendrá genio, es verdad, pero á quien seguramente le sobra buen sentido.

FONTANARES.—Al menos, esperad..

SARPI.—¿Y para qué esperar?

QUÍNOLA.—(*A Monipodio*). ¿Quien es ese?

MONIPODIO.—Sarpi.

QUÍNOLA.—¡Vaya un ave de rapiña!

MONIPODIO.—Y muy difícil de matar. Es el verdadero gobernador de Cataluña.

LOTHUNDIAZ.—¡Salud, señor secretario! (*A Fontanares*). Adios, querido; vuestra llegada es una razón de más para apresurar el casamiento (*A María*). Vamos, á casa, hija mía. (*A la dueña*). Y á ti, bruja, ya te arreglaré las cuentas.

SARPI.—(*A Lothundiaz*). ¿De modo que este hidalgo tiene pretensiones?

FONTANARES.—(*A Sarpi*). ¡Derechos! (*Salen María, dueña, y Lothundiaz*).

## ESCENA XIV

MONIPODIO, SARPI, FONTANARES, QUÍNOLA.

SARPI.—¿Derechos? . . . ¿Acaso no sabéis que el sobrino de Fra-Paolo Sarpi, pariente de Brancodor, hecho conde en el reino de Nápoles, secretario del vireinato de Cataluña, pretende la mano de María Lothundiaz? Al decir que se tiene derecho á ella, sea el que sea, se la insulta y se me insulta.

FONTANARES.—¿Sabéis que desde hace quince años, yo, Alfonso de Fontanares, á quien el rey, nuestro señor, ha prometido el título de duque de Neptunado, la grandeza y el toisón de oro, amo á María Lothundiaz, y que vuestras pretensiones, contrarias á la fe que me ha jurado, son también, si no renunciáis á ellas, un insulto para ella y para mí?

SARPI.—Ignoraba, caballero, que tenía por rival un personaje tan alto. Pues bien, futuro duque de Neptunado, futuro grande de España, futuro caballero del Toisón de oro, amamos á la misma mujer. Y si vos contais con la promesa de María, yo cuento con la de su padre. Esperáis honores y yo los tengo ya.

FONTANARES.—Está bien; no vayamos más lejos. No pronunciéis una palabra más; no os permitais una mirada que pueda ofenderme... seríais un cobarde. Ni por cien insultos me batiría con nadie hasta no haber dado cima á mi empresa y respondido con el éxito á las esperanzas de mi rey. Ahora me bato solo contra todos. Cuandó termi-



ne la lucha con mi siglo, entonces me encontraréis... junto al rey.  
SARPI.—Perded cuidado, no nos separaremos.

## ESCENA XV

Los mismos, FAUSTINA, DON FREGOSO, PAQUITA.

FAUSTINA.—(En el balcón.) ¿Qué pasará, señor, entre ese joven y vuestro secretario? Bajemos.

QUINOLA.—(A Monipodio.) ¿No te parece que mi amo tiene el don especial de atraer el rayo sobre su cabeza?

MONIPODIO.—¡La lleva tan alta!

SARPI.—(A don Fregoso.) Señor, ha llegado á Cataluña un hombre colmado, en lo porvenir, se entiende, de los favores del rey, nuestro señor. Vuestra excelencia debe acogerlo como merece.

FREGOSO.—(A Fontanares.) ¿De qué casa sois?

FONTANARES.—(Aparte.) ¡Cuántas sonrisas como éstas he devorado ya! (Alto.) Excelencia, el rey no tuvo á bien preguntármelo. Pero, aquí está su carta y la de sus ministros. (Le entrega un paquete.)

FAUSTINA.—(A Paquita.) Este hombre parece un rey.

PAQUITA.—Un rey que hará conquistas.

FAUSTINA.—(Conociendo á Monipodio.) Monipodio, ¿sabes quién es este hombre?

MONIPODIO.—Uno que va á trastornar el mundo.

FAUSTINA.—¡Ah! es el inventor de quien tanto me han hablado.

MONIPODIO.—Y este es su criado.

FREGOSO.—Tomad, Sarpi, la carta del ministro. Yo guardo la del rey. (A Fontanares.)

Está bien, joven; la carta del rey me parece

terminante. ¡Queréis realizar lo imposible! Pero, por muy grande que os creáis, tal vez haríais bien, tratándose de un asunto como éste, en consultar á don Ramón, gran sabio de Cataluña, que ha escrito sobre esas cosas excelentes libros...

FONTANARES.—En estas materias, señor, la más hermosas disertaciones valen muy poco ante la realidad de la obra misma.

FREGOSO.—¡Qué presunción! (A Sarpi.) Sarpi, pondréis á la disposición de este caballero el buque del puerto que él designe.

SARPI.—(Al vírey.) ¿Estáis seguro de que esa es la voluntad del rey?

FREGOSO.—Lo veremos. En España hay que rezar un padre nuestro del plato á la boca.

SARPI.—Además, ya nos han escrito de Valladolid.

FAUSTINA.—(Al vírey.) ¿De qué se trata?

FREGOSO.—¡Bah! de una quimera.

FAUSTINA.—¿Pero, no sabéis que deliro por ellas?

FREGOSO.—Una quimera de sabio que el rey ha tomado por lo serio impresionado por el desastre de la Armada. Si este hombre triunfa, tendremos la Corte en Barcelona.

FAUSTINA.—Pero le deberemos mucho.

FREGOSO.—(A Faustina.) A mí no me habláis nunca con tanto interés (Alto) Se ha comprometido con su cabeza á hacer andar un buque contra el viento, sin remos ni velas...

FAUSTINA.—¡Con su cabeza! Pero, ¡si es un niño!

SARPI.—Y don Alfonso Fontanares cuenta con este prodigio para casarse con María Lothundiaz.

FAUSTINA.—¡Ah! ama...

QUÍNOLA.—(*Bajo á Faustina.*) No, señora, idolatra.

FAUSTINA.—¡A la hija de Lothundiaz!

FREGOSO.—Pronto os interesáis por él.

FAUSTINA.—Aunque no fuera más que por ver aquí la Corte, deseo que este caballero triunfe.

FREGOSO.—¿Queréis, señora, tomar un refrigerio en la quinta de Avaloros? En el puerto os espera una barquilla.

FAUSTINA.—No, caballero la fiesta me ha fatigado mucho, y no me sentaría bien un paseo de esa naturaleza. No tengo como vos el deber de pasar por infatigable. La juventud ama al sueño. Permittedme que vaya á descansar.

FREGOSO.—Me habláis siempre en tono burlón.

FAUSTINA.—Cuidado con que no os trate seriamente.

(*Salen Faustina, el Gobernador y Paquila.*)

#### ESCENA XVI

AVALOROS, QUÍNOLA, MONIPODIO, FONTANARES, SARPI.

SARPI.—(*A Avaloros.*) ¡Adiós paseo por el mar!

AVALOROS.—Me importa poco. He ganado cien escudos de oro. (*Sarpi y Avaloros hablan.*)

FONTANARES.—(*A Monipodio.*) ¿Quién es ese caballero?

MONIPODIO.—Avaloros, el banquero más rico de Cataluña. Todo el Mediterráneo es suyo.

QUÍNOLA.—Me enternece ese hombre.

MONIPODIO.—Es el amo de todos nosotros.

AVALOROS.—(*A Fontanares.*) Joven, soy banquero. Si vuestro negocio es bueno, y lo será con la ayuda de Dios y la del rey, en cambio, ninguno iguala al de millonario.

SARPI.—(*Al banquero.*) No os comprometáis á nada... Ya vendrá á parar todo á nuestras manos.

AVALOROS.—(*A Fontanares*) Nada, querido, venid á verme. (*Monipodio le roba la bolsa.*)

#### ESCENA XVII

MONIPODIO, FONTANARES, QUÍNOLA.

QUÍNOLA.—¡Vaya unos negocios que hacéis!

MONIPODIO.—Don Fregoso tiene ya celos de vos.

QUÍNOLA.—Ese Sarpi será nuestra perdición.

MONIPODIO.—Claro, os presentáis como un gigante ante enanos poderosos. Cuando triunféis, entonces podréis ser altivo. Ahora no hay más remedio que hacerse pequeñito, inclinarse, deslizarse...

QUÍNOLA.—¡La gloria! ¡Pero, si es preciso robarla!

FONTANARES.—¿Queréis, pues, que me rebaje!

MONIPODIO.—¡Es claro! Para triunfar.

FONTANARES.—¡Un Sarpi! Está dicho, quiero luchar lealmente. ¿Por qué veis obstáculos en todas partes? ¿No he de escoger pronto en el puerto una magnífica galera?

QUÍNOLA.—Alto. En ese punto soy supersticioso. No elijáis una galera.

FONTANARES.—No veo la razón.

QUÍNOLA.—Nunca veis las razones. En otra cosa debéis pensar. Vamos, señor, no tenemos un maravedí, ni crédito en ninguna parte; y si no hubiera yo encontrado á este antiguo amigo que me aprecia—porque también se tienen amigos que nos detestan,—ni ropa tendríamos.

FONTANARES.—Pero ella me ama. (*María agita*

*el pañuelo en la ventana.*) ¡Ah! mira, allí luce la estrella que me alumbra.

QUÍNOLA.—¡Pero, si no es más que un pañuelo! ¿Queréis oír un buen consejo?... En lugar de esa especie de Madona, os convendría algo así como una marquesa de Mondéjar, una de esas mujeres de cuerpo delicado, pero más duros que el acero, capaces, cuando aman, de todas las astucias que nos inspira á nosotros la miseria. Y la Brancador...

FONTANARES.—Si quieres que lo abandone todo para siempre, no tienes más que hablarme de ese modo. Oyelo bien: el amor es toda mi fuerza, la luz divina que alumbra mi existencia.

QUÍNOLA.—Bien, bien, calmaos.

MONIPODIO.—Este hombre me llena de inquietud. Entiende más la mecánica del amor que el amor de la mecánica.

### ESCENA XVIII

Los mismos, PAQUITA

PAQUITA.—*(A Fontanares.)* Mi ama me manda para deciros que vayáis con mucho cuidado. Odios implacables se ciernen ya sobre vuestra cabeza.

MONIPODIO.—Ese es asunto mío. Podéis ir tranquilo por todas las calles de Barcelona. Si intentarán mataros, nadie lo sabría primero que yo.

FONTANARES.—¿Ya?

PAQUITA.—¿No me decís nada para ella?

QUÍNOLA.—Amiga mía, no se puede pensar en dos máquinas á la vez. Di á tu señora que mi amo le besa los pies. Y, como yo soy joven, angel mío, quiero despedirte como mi corazón desea. *(La abraza.)*

PAQUITA.—*(Le da un bofetón.)* ¡Necio!

QUÍNOLA.—¡Encantadora! *(Sale Paquita.)*

### ESCENA XIX

Los mismos, menos PAQUITA.

MONIPODIO.—Venid al *Sol de Oro*; conozco al dueño y con seguridad no os faltará crédito.

QUÍNOLA.—La batalla empieza más pronto de lo que yo creía.

FONTANARES.—¿Dónde encontrar dinero?

QUÍNOLA.—Nadie nos lo prestará. Es preciso comprarlo. ¿Cuánto necesitáis?

FONTANARES.—Dos mil escudos de oro.

QUÍNOLA.—Por muchas cuentas que eche, el tesoro en que pienso no llegará á tanto.

MONIPODIO.—¡Salvados! Acabo de encontrar una bolsa.

QUÍNOLA.—Eso es portarse. Nada se te ha olvidado. Vamos, señor, necesitáis hierro, cobre, acero, madera... Todas estas cosas están en casa de los comerciantes. ¡Ah!, una idea! Voy á fundar la casa Quínola y Compañía; y si no hiciera buenos negocios, al menos siempre hariais el vuestro.

FONTANARES.—Sin vosotros, ¿qué sería de mí?

MONIPODIO.—La presa de Avaloros.

FONTANARES.—¡Manos á la obra! El inventor va á salvar al enamorado. *(Salen.)*

TELÓN